

*Las siete
carretas de oro*

Bernardita Isabel Cárdenas Carrera
PURRANQUE, 10ª REGIÓN

Lo que voy a contar, me lo relató mi abuelita y me lo contó más tarde mi papá un día cualquiera, una fría noche de invierno. Y todavía me acuerdo de ver a mi abuelita sentada junto al fogón asando con una vara de coligüe un trozo de longaniza ahumada, y de vez en cuando se le caía en la ceniza, y parecía que su sabor fuera más rico aún. Más tarde nos regresábamos a la casa donde vivíamos. La cocina de fogón sólo servía para ahumar carne cada vez que mi papá mataba un chanco, especialmente para la noche de San Juan. Y mi abuelita se encargaba de ahumar los charquis y a veces también hacía mote. Pero la vejez la estaba consumiendo y hoy día sólo me queda el recuerdo de mi abuelita. Y también me acuerdo clarito el último cuento que me contó. Y se me nublan los ojos de lágrimas al recordarla. Era tan sabia ella, y a menudo me estaba enseñando cosas del pasado, de nuestros antepasados, de mis raíces, de sus leyendas, sus tesoros escondidos que hoy día parecen sólo mitos que se duermen bajo la alfombra del olvido y la poca valoración que los chilenos les atribuimos a la cultura ancestral que es nuestra cuna.

— Siéntate a mi lado me decía mi abuelita y escucha lo que te voy a contar:

Hace muchos años, cuando ninguno de nosotros existíamos, aquí en Hueyusca también llegaron los españoles, esos winkas que nos quitaron todo, y cuentan que las tribus que aquí vivían tenían grandes cantidades de oro que conservaban intacto. Solamente sacaban lo necesario para confeccionar algunas joyas, pero ellos se sentían muy orgullosos de sus riquezas y dueños de todo lo que la naturaleza les ofrecía. El Chao Nguenechen (Dios) era muy bondadoso con ellos, y hacía que el Chao Antu (Padre Sol) les produjera buenas cosechas y abundante agua (ko) porque además había un gran río y corrientes frescas que bajaban de la mawidam. Todo era tan tranquilo y feliz para las tribus huilliches, y los pichi weches crecían y corrían junto a los pu kullin (animales). Eran hermanos del pangui (león), porque su fuerza y su valor lo habían copiado de él. Los xewas (perros) aullaban como que predecían que algo malo iba a pasar, y las machis tenían sueños y visiones que una gran tormenta de dolor se aproximaba, porque la misma Ñukemapu (naturaleza) les estaba anunciando algo. Las nubes se veían grises. El chucao y el pitío no dejaban de lanzar sus cantos lastimosos de aves malagüeras. En la noche el tué tué y las hualas también emitían sus gemidos de aves malagüeras. Y bandadas de jotes negros revoloteaban sobre las rukas de las tribus, como anunciando que pronto tendrían carne para comer. Y así pasaban los días, todos los presagios y anuncios malagüeros hacían presumir a las tribus que algo malo

les rondaba y tenían que prepararse para ello.

Entonces organizaron una rogativa o nguillatún y rogaron al Dios Nguenechen para que los protegiera y las machis invocaron al espíritu de la Ñukemapu al son de los kultrunes y el sonido de la xuxuka, danzando durante tres días y tres noches consecutivas alrededor del rehue.

Nada cambió, los mismos acontecimientos de presagio seguían ocurriendo, sólo que una machi llamada "La Machi del Amanecer", invocó al espíritu del amanecer para que a través de una visión le mostrara lo que les iba a ocurrir. Le vino entonces un sueño profundo que duró muchas horas y allí vio cómo unos hombres de cara pálida, desconocidos y con vestimentas y armas que los indígenas no conocían llegaban hasta sus tierras, quemaban sus rukas, robaban sus riquezas y mataban a los indígenas sin piedad. Se despertó asustada y transpirando, gruesas lágrimas brotaban de sus negros ojos, parecían dos carbones encendidos por el dolor y el furor.

—¿Qué viste en tu peuman (sueño)?, le preguntaban las otras machis.

— Vi, vi...— y no podía hablar más, la voz se le quebraba y se ahogaba en la garganta como una fiebre que produce afonía y daña las amígdalas.

— Vi—, comenzó de nuevo, que unos xewas (perros), winkas xewas nos mataban a todos, y eran muchos, nadie de nosotros quedaba vivo. Todos morían, era terrible, todo ardía, fuego,

lamentos y muerte...

– Nos prepararemos para la guerra y nos defenderemos– dijo el lonko (cacique), y comenzaron a preparar flechas, arcos de quilas y coligües, lanzas y garrotes, boleadoras y piedras afiladas, y a ejercitar el arte de lanzamientos.

Las malgüenes (mujeres) preparaban comida seca y ahumada y la enterraban en bolsas de cuero en hoyos bajo la tierra.

Cántaros llenos de joyas y oro eran sepultados por todas partes para proteger sus riquezas de los usurpadores.

La tribu tenía siete carretas que le servían para acarrear leña o animales que cazaban; así es que al lonko se le ocurrió llenar esas siete carretas con oro y llevarlas a una altura a la cual hoy día llaman "El Mirador", desde aquí se puede observar Hueyusca que está más abajo.

Un grupo de indígenas se llevó las siete carretas llenas de oro hacia la altura, allí hicieron grandes hoyos y sepultaron el oro con carretas y todo.

Acababan de terminar de sepultar las siete carretas de oro, cuando una ola de humo y fuego acompañada del ruido del tropel de los kahueyos (caballos) de los españoles se echaron sobre los indígenas. La lucha duró mucho tiempo, pero finalmente todos los indígenas fueron masacrados y las carretas de oro nunca nadie las



encontró.

Todos dicen que con el correr del tiempo, al atardecer, se ven las siete carretas de oro en El Mirador, y que se sienten ruidos y lamentos por las noches, y que en la noche de San Juan arde ese lugar. Dicen que allí están sepultadas las siete carretas de oro que enterraron nuestros antepasados para que no se lo robaran los españoles en los tiempos de la Conquista.

Cuentan que una cierta noche, un lugareño de Hueyusca al ver la llama ardiendo, se armó de valor y se fue a sacar el entierro y al otro día lo encontraron muerto allí mismo. Tenía el rostro espantoso, todos dicen que murió de susto, porque el diablo se ha apoderado de las siete carretas de oro. Y desde entonces nadie osa sacar ese entierro que se dice que está allí según cuentan los más antiguos, y cerca de la noche nadie se atreve a pasar cerca de donde dicen que están sepultadas las siete carretas de oro.

